

inició camino. Confesión de culpa ("El Liberal", Bilbao, 14 octubre 1919)

Hace un año y algo más de tres meses, el 19 de Julio del año próximo pasado, al final de un breve escrito titulado «El canto del gallo», le decíamos al jefe del Estado, «en nombre de innumerables ciudadanos españoles forasteros de los partidos políticos, con santo y seña electorales», que no habíamos sino malgastar el tiempo desplorablemente, perderlo en la rutina cancillerescas y protocolaria del calendario oficial, en consultas a camarilla cerrada, que son una farsa, y acabébamos aquel «Envío» con estas palabras:

«Mañana puede ser otro día: el día del alba de una reanimada historia para España. Y aunque el canto del gallo no haga salir al sol, es al ir a salir el sol cuando el gallo canta. Está el gallo cantando, Señor. Hay que despertarse.»

Esto le decíamos el 19 de Julio de 1917; mas hoy, 11 de Octubre de 1918, tenemos que decirle que el alba está ya tan clara como el día, y que pronto, muy pronto, despuntará el sol e irradiará sobre las cumbres. El sol que va a despuntar es el de la Paz, esto es, el de la revolución. Porque la Paz que llega va a ser la revolución y el principio de la Liga de las Naciones. Y vendrá la Paz—principio de otra clase de guerra—también para España, que es lo que temen los políticos al uso. Lo teme acaso también el que ha jugado con ellos mientras ellos jugaban con él.

Y no están ya las cosas para juego. Harto tiempo se ha ido tirando, que no viviendo, en España, viéndolas venir. Y la que ahora se nos viene es terrible. Pudiera ser la bancarrota moral, el copo de la dignidad nacional.

El alba está ya tan clara como el día, y cuando salga el sol, el de la Paz, que es el de la revolución, quedarán alumbrados umbríos rincones, recovecos hasta aquí en sombra, y se pondrá a toda luz la obra nefasta de la clandestinidad y del secreto. Y será mal día para nuestros cancilleres de turno y caldero, los que han estado jugando a dos barajas—aquí todo es juego, y juego prohibido,—pretendiendo engañar a unos y a otros y sacrificando el patriotismo a la lealtad, y a una lealtad mal entendida.

Esta Paz, la que va a venir, les cose completamente desprevenidos a los que no contaban aquí con ella.

El zar Fernando de Bulgaria ha tenido que abdicar, como tuvo que abdicar Constantino de Grecia, el enemigo de Vénizelos. Y es que las repúblicas triunfan. Queremos decir, al decir repúblicas, las instituciones democráticas, populares, de publicidad. Es el fin de los imperios, chicos y grandes, de los cesarismos. Y los cesarismos vergonzantes y de a perro chico eacrán entre vergüenza, cómicamente, ridículamente.

Vencen las repúblicas. Vence la gran República norteamericana, la primera que proclamó los derechos



del hombre, precludiendo a la gran Revolución europea; vence la República francesa, la que del «affaire» Dreyfus, revolución contra el infame secreto de Estado, salió depurada y limpia de napoleónismo; vence la República inglesa—Inglaterra es una república coronada;—vence la República italiana, la del lema santo de Mazzini: «Dios y el Pueblo; Unidad y Libertad», que hizo suyo la Casa democáratica y popular de Saboya; vence la República belga, que tiene por presidente a un rey heroico; vence la República yugoeslava... Se nunde el cesarismo.

Dicen que se ha desvanecido el ensueño de un Imperio del centro de Europa bajo un nuevo César. Y de aquel ensueño de un Imperio ibérico, ¿qué se ha hecho? De este ensueño de un Imperio ibérico se ha hecho lo mismo que del ensueño de un Imperio balkánico, dependiente del otro, acariciado por el que se hizo llamar Zar, César, Emperador de Bulgaria. Y ¡ay de la otra Bulgaria! ;Ay de la encubierta Bulgaria de Occidente!

Se va a cabar el turno de los cancilleres—cancilleres de turno y caldero—y el régimen de clandestinidad y de secretos de Estado, el de aquellas crisis que se llamaron orientales, y que allá, hace más de cincuenta años, soñan ser hasta crisis de alcoba, o de confesonario, no ya de camarilla. Y aun recientemente jamás se sabía el verdadero motivo de una crisis.

Anúnciase una que nadie sabe si será parcial o total, pero todos sabemos que no se sabrá su verdadero motivo: todos sabemos que no son sinceros los que por motivos se da. Porque el principio fundamental de nuestra política—y en ello entra Maura, el que tanto ha execrado de esa política—es que no se declare la verdad nunca. En los Consejos de ministros, y aun más en los conciliabulos de unos con otros, ni hay luz ni taquígrafos. Pero la luz vendrá. Los taquígrafos no hacen maldita la falta.

Este Gabinete—que no Gobierno, una vez más—es una botella de aceite de hígado de bacalao para una institución, la del despotismo cesáreo, que padecerá crisis. Tíos, ¿eh?, y no otra cosa; lo que padece el despotismo es crisis. El aceite se va agotando, aunque aún queden bacalaos, y con muchísimo hígado, en torno del despotismo enfermo de muerte.

Ha llegado la hora de la confesión de culpas. Hora terrible para los políticos. Puesto los políticos pasan por todo, ¿no? ;y por confesar sus culpas.

Y ahí van, regimos al jefe del Estado que ya le queda un camino para alargar su vida en la función, y es la de ser republicano, al que el mundo civilizado se va a hacer una gran favor. Aunque a mí ya me fardo...

MIGUEL DE UNAMUNO.